



Real
Instituto
Elcano

de Estudios Internacionales y Estratégicos

La lengua española y el sistema lingüístico de Asia-Pacífico

Jaime Otero

Documento de Trabajo (DT) 11/2005

24/01/2005



La lengua española y el sistema lingüístico de Asia-Pacífico

Jaime Otero *

Resumen: La región de Asia-Pacífico constituye un terreno relativamente virgen para la propagación de la lengua española. Aunque la presencia política de España en Asia se extendió a lo largo de casi cuatro siglos, las huellas que ha dejado la cultura española en aquella parte del mundo son reducidas. A la inversa, el conocimiento de Asia en España es limitado y, a pesar de los recientes esfuerzos en ese sentido, aún insuficiente de cara a establecer bases sólidas para un reforzamiento de los vínculos políticos, económicos y culturales entre ambas partes. Para ayudar a comprender las verdaderas dimensiones de la presencia de la lengua española en el Lejano Oriente, y sin perder de vista el objetivo de enriquecer el conocimiento sobre la región en España, este documento de trabajo incluye una descripción del panorama demolingüístico asiático y un análisis de las recientes tendencias lingüísticas en Asia-Pacífico. Además, se resume la situación de la lengua española en la región, basándose para ello en los informes publicados de expertos españoles (y de los profesores sobre el terreno), así como en datos de la propia administración española

1. Introducción

La presencia española en Asia-Pacífico está lejos de ser proporcional al creciente peso económico y político de la región en el mundo, por una parte, y, por otra, al proceso de internacionalización de la sociedad y la economía española. En la actualidad, Asia-Pacífico suma hoy casi el 60% de la población y alrededor del 35% del producto bruto mundial, mientras que las exportaciones de España al conjunto de los países del área fluctuaron entre el 5,9% y el 4,0% del total español entre 1995 y 2002.

La toma de conciencia sobre este desfase, y sobre la pérdida de oportunidades que se podrían derivar de él, ha llevado a las autoridades españolas a promover un conjunto de iniciativas que pretenden contribuir al reforzamiento de las relaciones mutuas en todos los ámbitos: públicos y privados, bilaterales y multilaterales, políticos y económicos, científicos y técnicos, educativos y culturales, etc. Muchos de estos programas y actuaciones han sido encuadrados dentro del Plan Marco Asia-Pacífico, puesto en marcha por el gobierno español en el año 2000. Es interesante comprobar cómo entre los objetivos del Plan Marco tienen un papel destacado los dirigidos a acercar a las respectivas “sociedades civiles”, y en particular las de carácter cultural –una de las cuatro divisiones del Plan–. En los distintos informes de seguimiento del Plan se argumenta con frecuencia sobre la importancia de profundizar en el conocimiento mutuo entre los distintos países de la región y España, como condición indispensable para el objetivo general de reforzar los intercambios entre ambas partes y aumentar la presencia española en aquella parte del mundo. Así, en el preámbulo del último informe de

* Investigador Principal, Área de Lengua y Cultura, Real Instituto Elcano

seguimiento (marzo de 2004) se señalaban como dos de sus principales logros el establecimiento de Casa Asia en Barcelona (2001) y la creación del primer título oficial de licenciado en estudios de Asia Oriental (2003).

Es difícil exagerar la importancia de la información y el conocimiento para el éxito de cualquier tipo de empresa. Bajo esta luz deben interpretarse los esfuerzos realizados por mejorar el conocimiento *de Asia en España*: la labor de Casa Asia y la creación de la licenciatura mencionada (que se imparte ya en cuatro universidades), además de otras iniciativas para fomentar el aprendizaje de lenguas orientales en España (con el respaldo de los propios socios asiáticos), son buenos ejemplos de estos esfuerzos, y pasos necesarios para el adecuado desarrollo de una política asiática. Pero además se han llevado actuaciones dirigidas a mejorar el conocimiento *de España en Asia*. La política exterior española, al igual que la de otros muchos países, concede un papel cada vez mayor a la llamada “diplomacia pública”, en referencia a aquellas actuaciones que persiguen extender el conocimiento –y mejorar la imagen– del propio país en otras naciones; entre sus dirigentes políticos y empresariales, entre sus líderes de opinión y el público en general.

En la diplomacia pública, que como vemos opera en los dos sentidos, pueden englobarse actuaciones de muy diversa naturaleza: viajes oficiales, presencia en ferias y exposiciones internacionales, campañas publicitarias institucionales, organización de foros o encuentros empresariales, científicos o educativos, proyectos de cooperación, programas de visitas, becas e intercambios, actividades de difusión artística y cultural, etc. Dentro de las actuaciones específicamente culturales (en las que también se ha invertido un considerable esfuerzo en tiempos recientes), la política exterior española viene otorgando gran importancia a la promoción de la lengua española y de los estudios hispánicos. La dimensión internacional del castellano –oficial en una veintena de países y hablado por 350 millones de personas– y la creciente demanda de su aprendizaje como lengua extranjera hacen de él un instrumento idóneo para la diplomacia cultural, además de una herramienta eficaz para favorecer el conocimiento de España en el extranjero.

La región de Asia-Pacífico constituye un terreno relativamente virgen para la propagación de la lengua española. Aunque el español fue una de las primeras lenguas europeas que pudieron oírse en el Pacífico, y a pesar de que la presencia política de España en aquella región se extendió a lo largo de casi cuatro siglos, las huellas que ha dejado la cultura española en Asia son reducidas. En este sentido, y en comparación con otras lenguas europeas de difusión internacional, la lengua española parte de una posición desventajosa. Y, como las demás lenguas europeas, la difusión del español como lengua extranjera se encuentra con un sistema lingüístico extremadamente vasto y complejo. Junto a naciones como Japón o Corea del Sur, plenamente desarrolladas y con una unidad lingüística comparable –e incluso superior– a la de las principales potencias occidentales, hay en Asia inmensos Estados en vías de desarrollo, con marcadas desigualdades en la distribución de riqueza y grandes carencias educativas. En algunos de ellos, como Indonesia o la India, llegan a hablarse centenares de lenguas y apenas empiezan a normalizarse algunos idiomas comunes.

El panorama lingüístico asiático es, además, enormemente fluido, como lo es el escenario político-económico. El crecimiento de la región en su conjunto y la creciente incorporación de sus países más poblados a la sociedad internacional están empezando a trastocar el equilibrio de fuerzas imperante en el último medio siglo. Algunos Estados, como China o la India, están llamados a convertirse en potencias mundiales por su peso demográfico y por el volumen de sus economías. El extraordinario desarrollo reciente de estos gigantes, su apertura al exterior, así como el de los *tigres* del sudeste asiático, se han producido, por así decirlo, *en inglés*. La presencia colonial británica primero y, a partir

de la segunda Guerra Mundial, la hegemonía estratégica estadounidense han contribuido a hacer del inglés la lengua franca de la región.

Además de ser el idioma nacional en Australia y Nueva Zelanda, el inglés es un idioma asiático por su arraigo en países y territorios como la India, Singapur o Hong Kong; es algo más que una segunda lengua en Filipinas o Pakistán; y sigue extendiéndose como idioma extranjero en Japón, Corea y Tailandia. A corto plazo, la demanda de su aprendizaje seguirá creciendo de modo imparable. Los difíciles equilibrios estratégicos en la región contribuirán a su consolidación como primera lengua de comunicación, un idioma neutral que no compromete la primacía de unos vecinos sobre otros y útil para toda clase de negocios internacionales. A más largo plazo, sin embargo, es probable que el creciente peso demográfico de los mayores países asiáticos y sus impulsos de afirmación nacional acaben por reflejarse en el sistema lingüístico. Al menos así lo indican, por ejemplo, algunos signos del incipiente interés por el idioma chino en otros países asiáticos y los primeros pasos de China en el terreno de la diplomacia cultural.

Dada la magnitud del objeto de estudio, este artículo sólo puede aspirar a plantear algunas de estas cuestiones como interrogantes, y quizá a señalar un camino para posteriores estudios más detallados, necesarios para perfeccionar nuestro conocimiento de Asia-Pacífico. Para ayudar a comprender las verdaderas dimensiones de la presencia de la lengua española en el Lejano Oriente, y sin perder de vista el objetivo de enriquecer el conocimiento sobre la región en España, será útil describir de entrada el contexto con el que se encuentra la enseñanza del español, un idioma recién llegado en la mayor parte de Asia a los efectos de la diplomacia cultural: primeramente mediante una somera descripción del panorama demolingüístico asiático (apartado 2) con especial atención a China, el gigante recién despierto (apartado 3); y a continuación, en lo que se refiere a la presencia de otras lenguas extranjeras en la región (apartado 4). Finalmente, se intentará resumir el estado de la lengua española en Asia-Pacífico, basándose para ello en los informes publicados de expertos españoles (y de los profesores sobre el terreno), así como en datos de la propia administración española (apartados 5 y 6). No dejará de hacerse referencia a la proyección asiática del castellano desde América, solar de nueve de cada diez hablantes de español en la actualidad y vector creciente de la política exterior de algunas de las principales potencias asiáticas.

2. Asia demolingüística

El telón de fondo de la presencia del español en Asia es un vasto mural de lenguas y dialectos en su mayor parte desconocido para la inmensa mayoría de los occidentales. En Asia-Pacífico conviven (según la clasificación de Carme Junyent) al menos siete familias lingüísticas: la indoeuropea (a la que pertenecen entre otros el hindi, el urdu, el nepalí y el bengalí), la altaica (como el uiguro o el kazajo, del subgrupo del turco, o los del subgrupo del mongol, pariente algo más lejano), la drávida (de la que forman parte el tamil de Sri Lanka, el kanarés del sur de la India y el brahuí de Pakistán), la austrica (más de un millar de lenguas extendidas por el sudeste asiático y las islas del Pacífico: vietnamita, jemer, lao, tai o siamés, indonesio, malayo, timorés, tagalo, fiyiano, etc.), la sino-tibetana (el chino en sus distintas variedades, el tibetano, el birmano y otras 250 lenguas más), la indo-pacífica (con unas 700 lenguas, la mitad de las cuales con menos de 1.000 hablantes) y la australiana (casi todas las 200 lenguas aborígenes de Australia tienen menos de 1.000 hablantes). Fuera de estas familias, unas asiáticas por entero y otras con allegados en otros continentes, habría en Asia-Pacífico varias docenas de lenguas autóctonas no clasificadas, algunas de ellas tan importantes como el japonés o el coreano (que sin embargo y según ciertas fuentes tienen rasgos comunes con el grupo mongol de la familia altaica).

La mitad de los idiomas del mundo, alrededor de 2.500 lenguas y dialectos, se halla en Asia-Pacífico. Muchos de ellos son hablados por menos de 1.000 personas, y apenas tienen codificación escrita; es previsible que la mayoría desaparezca en las próximas décadas. Al mismo tiempo, algunas de las lenguas más habladas del mundo, que lo serán más aún en el futuro si se mantiene la actual evolución demográfica, son nativas de Asia. Aunque, como han advertido los especialistas, la explosión demográfica asiática pertenece ya al pasado, seis de los diez Estados más poblados del mundo están situados en el área geográfica de este estudio: China, India, Indonesia, Pakistán, Bangladesh y Japón. Si bien la tasa de fertilidad de países como Japón (1,3), Corea del Sur (1,41), Tailandia (1,93) y China (1,83) se sitúa ya por debajo de los dos hijos por mujer, en el otro extremo, Camboya, Laos y Pakistán mantienen tasas superiores a los cuatro nacimientos por mujer. También India (3,01), Indonesia (2,35) y Vietnam (2,30) han experimentado un rápido declive de la tasa de fertilidad en las últimas décadas; pero en conjunto la población de Asia-Pacífico aumentará su peso en el mundo en las próximas décadas, del 47% en 2002 al 63% en 2050, y seguirá siendo por algún tiempo más joven que la de Europa y Norteamérica, aunque menos que la de Oriente Próximo y África.

En el Cuadro 1 se aprecia cómo el creciente peso demográfico de Asia se refleja en el equilibrio cambiante entre las lenguas más habladas del mundo, gracias sobre todo al chino y sus variedades y al grupo del hindi-urdu, pero también al bengalí y al malayo-indonesio, que llegaría en 2050 a los 80 millones de hablantes de lengua materna.

Cuadro 1. Las lenguas más habladas del mundo, 1995-2050

Número de hablantes nativos, 1995 (millones)		Número de hablantes nativos, 2050 (millones)	
Chino	1.113	Chino	1.384
Inglés	372	Hindi-Urdu	556
Hindi-Urdu	316	Inglés	508
Español	304	Español	486
Árabe	201	Árabe	482
Portugués	165	Portugués	248
Ruso	155	Bengalí	229
Bengalí	125	Ruso	132
Japonés	123	Japonés	108
Alemán	102	Alemán	91

Fuente: David Graddol, *The Future of English*, informe para el British Council, Londres 1997. Hay una actualización de este estudio que fue presentada en noviembre de 2004 y que aún no ha llegado a las manos del autor de este artículo.

Los datos del Cuadro 1 son lo que podríamos llamar agregados macrolingüísticos, que calculan grupos de hablantes de lengua materna en un sentido amplio pero no reflejan las distintas realidades sociolingüísticas en toda su complejidad. Algunas de las grandes lenguas asiáticas están compuestas por distintas variedades a menudo ininteligibles entre sí, como las del chino, o que usan distintos sistemas de escritura, como las del grupo del hindi-urdu. Estas variaciones explican las diferencias a veces significativas entre distintos cómputos de hablantes. A menudo, los hablantes de las distintas variedades pueden entenderse por medio de la norma predominante en la educación y los medios de comunicación, como el mandarín en China, el hindi o el inglés en la India o el indonesio en Indonesia. Un aspecto importante a este respecto, que como señala Abram de Swaan raramente se menciona cuando se trata de evaluar el peso de una lengua, es la tasa de analfabetismo. Entre las sociedades de Asia-Pacífico encontramos algunas de las más instruidas del mundo, como Australia, Corea o Japón, y otras, como las de Pakistán o Nepal, donde la tasa de alfabetización apenas rebasa el 40% de los adultos. Aunque la penetración de los medios de comunicación audiovisuales compensa en cierta medida la falta de acceso a los medios escritos, el analfabetismo limita en

aspectos muy importantes la plena participación de muchos hablantes en la comunidad lingüística.

Por otra parte, si cualquier proyección poblacional debe ser interpretada con precaución a causa de los posibles cambios de tendencia demográfica, en el caso de las proyecciones demolingüísticas deben tenerse en cuenta, además del propio crecimiento natural de una comunidad lingüística, otros factores que pueden incidir en la evolución del número de hablantes de una lengua, como las migraciones (internas e internacionales), la sustitución de lenguas locales o regionales por lenguas centrales que ofrecen más oportunidades de comunicación y progreso material a sus hablantes, o las políticas administrativas y educativas de los distintos gobiernos. La incidencia de uno o varios de estos factores puede modificar significativamente el perfil sociolingüístico de una nación en el curso de pocas generaciones.

En los países más poblados de Asia, la tendencia general en las últimas décadas ha sido hacia una simplificación de los mapas lingüísticos, por el efecto combinado del retroceso de las lenguas más minoritarias y de la extensión de las lenguas mayoritarias como resultado de los procesos de construcción nacional, y en particular de los progresos educativos alcanzados por dichos Estados. En contrapartida, los avances democráticos en muchos países de la región han traído consigo un reconocimiento gradual de las minorías étnicas y culturales, y con él una creciente afirmación de los idiomas regionales y minoritarios. Como puede verse en el Cuadro 2, los distintos países de la región presentan estadios evolutivos muy diferentes en algunos de los aspectos mencionados: el número de lenguas habladas en su territorio, la relación entre el número de hablantes nativos de la lengua o lenguas oficiales y la población total, y el índice de desarrollo humano (renta per cápita + esperanza de vida + nivel educativo), del que se ha desagregado la tasa de alfabetización de adultos.

(Ver Cuadro 2 en página siguiente)

Cuadro 2. Lenguas oficiales en los principales países de Asia-Pacífico

	(1) Nº de lenguas	(2) Lengua(s) oficiales	(3) Número de hablantes (miles)	(4) Proporción hablantes/ población (%)	(5) Índice de Desarrollo Humano	(6) Tasa de alfabetización de adultos
Australia	233	Inglés	19.189	96,5	0,946	–
Bangladesh	37	Bengalí	130.078	97,7	0,509	41,1
Brunei	17	Malayo	159	46,2	0,867	93,9
Camboya	19	Khmer	11.629	88,6	0,568	69,4
China	200	Mandarín	918.652	71,2	0,745	90,9 (7)
Corea del Norte	1	Coreano	22.435	99,8	Sin datos	Sin datos
Corea del Sur	1	Coreano	47.874	99,8	0,888	–
Fiji	10	Inglés	172	20,7	0,758	92,9
Filipinas	168	Inglés	42.207	52,0	0,753	92,6
		Filipino	23.761	29,2		
India	386	Hindi	424.684	39,8	0,595	61,3
		Inglés	202.831	19,0		
Indonesia	726	Indonesio	26.627	12,1	0,692	87,9
Japón	14	Japonés	126.406	99,1	–	–
Laos	81	Lao	3.004	53,9	0,534	66,4
Malaisia	35	Malayo	14.738	58,4	0,793	88,7
Mongolia	11	Mongol	2.232	89,5	0,668	97,8
Myanmar	107	Birmano	34.017	80,0	0,551	85,3
Nepal	119	Nepalí	12.169	50,3	0,504	44,0
Nueva Zelanda	3	Inglés	3.483	87,0	0,926	–
		Maorí	15	3,7		
Pakistán	68	Urdu	11.326	7,5	0,497	41,5
		Inglés	1.585	37,4		
Singapur	20	Malayo	589	13,9	0,902	92,5
		Mandarín	1.837	43,3		
		Tamil	335	7,9		
Sri Lanka	6	Sinhala	11.510	60,3	0,740	92,1
		Tamil	3.748	19,6		
Tailandia	72	Tai	33.662	52,5	0,768	92,6
Taiwan	21	Mandarín	4.535	20,0	Sin datos	Sin datos
Vietnam	90	Vietnamita	70.972	87,2	0,691	90,3

Fuentes: (1) *www.ethnologue.com*; (2, 3 y 4) *Britannica Book of the Year 2004*; las cifras en cursiva incluyen los hablantes de esa lengua como lengua franca y los de dialectos cercanos; estimación de la población a mediados de 2003; (5 y 6) *Informe sobre Desarrollo Humano*, PNUD 2004 (datos de 2002; los datos de alfabetización proceden de la UNESCO); (7) la alfabetización en Hong Kong, retrocedida a China en 1997, equivale a: “–” (cero).

En el caso de India, la tendencia a la concentración lingüística se ha efectuado en torno a dos idiomas centrales, el hindi y el inglés, que coexisten como idiomas de la Unión, y a un limitado grupo de idiomas regionales oficiales en los respectivos estados federados. El censo indio de 1991 enlistó en torno a 1.600 nombres de lenguas que harían referencia a más de 800 idiomas diferentes (un cómputo que hace conservador al de la base de datos *Ethnologue* empleada como fuente en el Cuadro 2). De ellos, sólo 18 aparecen en la Constitución de la India como posibles idiomas oficiales. Según el mismo censo, el 96% de los indios habla alguno de estos idiomas, alrededor del 7,4% más que en 1971. El hindi es el más extendido de todos ellos, con más de 400 millones de hablantes de alguna de sus 48 variedades. Algunos sondeos indican que lo habla el 66% y lo entiende el 71% de los habitantes de la India, mientras que las cifras para el inglés son respectivamente el 19% y el 31%. Dentro de la familia indoeuropea, vienen después del hindi el bengalí (con 70 millones de hablantes en la India y 100 en Bangladesh) y el marati (64 millones). Entre los idiomas de la familia drávida, en el sur, son los más numerosos el tamil (60 millones en la India y Sri Lanka), el telugu (70 millones en el

estado de Andhra Pradesh), el kanarés (34 millones en cuatro estados sudorientales) y el malabar (33 millones en el estado de Kerala).

A pesar de su predominio demográfico, la concentración en torno al hindi no debe darse por descontada. Existe una tensión latente entre, por una parte, los defensores del hindi que se oponen al uso del inglés, y, por otra, los partidarios de los idiomas regionales que ven en el inglés un vínculo alternativo entre los diferentes estados. Los idiomas regionales más hablados de la India, como el telugu, el tamil, el marati, el urdu, etc., poseen significativas tradiciones literarias, y los estados donde son lenguas oficiales tienen la capacidad de desarrollar políticas educativas con el objeto de codificar y consolidar sus propios idiomas. La Constitución india refleja estos difíciles equilibrios reconociendo de un lado el empleo público del inglés, en especial en la administración de justicia; estableciendo medidas de estímulo y difusión del hindi; abriendo la posibilidad de que los diferentes estados provinciales escojan sus lenguas oficiales; y estableciendo la obligación de proveer al menos una instrucción elemental en las lenguas minoritarias. Después de una serie de redistribuciones territoriales en los años 50 y 60, los límites de los estados han tendido a coincidir en creciente medida con los grupos lingüísticos. Por lo demás, los idiomas regionales tienen un papel limitado en la educación superior y en la ciencia, donde impera el inglés; el hindi domina los medios de comunicación y la industria del entretenimiento a escala nacional; y la política, la administración y el comercio se desarrollan mayoritariamente en inglés o hindi.

Indonesia es, con la India, uno de los Estados del mundo con mayor variedad de idiomas y dialectos, pero ofrece un caso diferente de tendencia hacia la concentración lingüística. Cerca de 239 millones de habitantes repartidos por 7.000 islas hablan más de 700 idiomas diferentes en la República. Los más numerosos entre ellos pertenecen a la familia austronesia: el javanés, con 75,2 millones de hablantes en Java y Borneo; el sundanés, con 27 millones en Java occidental; y el indonesio, con 30 millones en el este de Sumatra, sus islas adyacentes y la costa sudoriental de Borneo, además de la metrópoli de Yakarta. Otros siete idiomas al menos cuentan entre 3 y 7 millones de hablantes: achenés (en la provincia de Aceh, noroeste de Sumatra); banyar (en el sur de Borneo); madurense (en la isla de Madura); batak y minankabau (en Sumatra y el archipiélago occidental); balinés en Bali y Java oriental; y buginés en Célebes.

A diferencia de la India, tras la independencia los indonesios no adoptaron como idioma nacional el de la potencia colonial, el neerlandés, ni el idioma más hablado en el archipiélago, el javanés, sino una variedad vernácula del malayo del este de Sumatra empleada durante siglos como lengua vehicular de los comerciantes y viajeros entre las islas y con la vecina península malaya, y rebautizada por el movimiento nacionalista desde los años 20 como *bahasa Indonesia*, el idioma de Indonesia. Según el censo de 1990, casi el 40% de los indonesios mayores de 4 años hablaban javanés como primera lengua, mientras que el 83% (130 millones) dijeron conocer el indonesio como primera o segunda lengua. Aún teniendo en cuenta la probable distancia entre las respuestas de los censados y la realidad, estas cifras revelan un notable progreso de la unificación lingüística en torno al indonesio, debida en buena medida a los progresos educativos: si en 1971 iban a la escuela el 60% de los niños entre 7 y 12 años, en 1991 la proporción había ascendido al 91%. A partir del cuarto año de la escuela primaria, la enseñanza se imparte en indonesio, que no sólo se ha consolidado como la lengua franca del archipiélago, sino que ha ganado en número de hablantes nativos: el 60% entre 1980 y 1990 (de 15 a 24 millones), mientras que en el mismo período la población creció en un 22%. Aunque en este sentido sigue estando lejos del javanés, el valor comunicativo del indonesio sobrepasa al de éste por su proximidad con el malayo peninsular (oficial en Malasia, Brunei y Singapur) y con el Filipino. Con todo, los movimientos étnicos y regionalistas que han surgido en las últimas décadas tendrán sin duda consecuencias en las políticas lingüísticas, y en especial aquellos que han adquirido tintes violentos, como

los de las provincias de Aceh (Sumatra occidental, donde hay 3 millones de hablantes del achanés, del grupo del malayo) e Irian Jaya (en la mitad occidental de Nueva Guinea, donde se han registrado más de dos centenares de lenguas y dialectos de distintas familias), a pesar de que en ellos no parece que las reivindicaciones lingüísticas tengan gran protagonismo.

3. China y el cambiante escenario asiático

Como en la India e Indonesia, el éxito de la unificación lingüística en China dependerá en última instancia del poder de atracción de la lengua nacional, el mandarín en este caso, sobre los hablantes de otras lenguas. Además, las autoridades centrales deberán ser capaces de arbitrar soluciones a la tensión entre las necesidades educativas y comunicativas de una gran potencia en pleno proceso de transformación económica y de apertura al exterior, y las tendencias a la auto-afirmación lingüística, no sólo de sus minorías étnicas, sino de los hablantes de otras variedades del chino. El crecimiento económico y el desarrollo de un mercado nacional serán un poderoso factor de concentración lingüística en el medio plazo; como concluía recientemente un informe del semanario *The Economist*, los consumidores chinos, cuyo enorme número ha despertado el apetito comercial internacional, “están demasiado dispersos, demasiado inaccesibles y son demasiado diferentes entre sí”. Por el contrario, el desigual reparto regional de la riqueza y los crecientes anhelos de participación política tenderán a acentuar las diferencias culturales y lingüísticas entre las distintas etnias y provincias.

En su conjunto, los hablantes de las distintas variedades del chino –el grupo lingüístico propio de la etnia mayoritaria, los *han*– representan el 95% de la población de la China continental (incluyendo Hong Kong y Macao). A ellos hay que añadir los habitantes de Taiwán y Singapur y otras comunidades diseminadas por el Sudeste Asiático, especialmente en Indonesia, Malasia y Tailandia, para sumar más de 1.000 millones de personas. Los lingüistas distinguen, dentro de la familia del chino, siete subgrupos lingüísticos que en sus variedades más lejanas pueden llegar a ser tan ininteligibles entre sí como las lenguas románicas derivadas del latín. El mayor de ellos es el mandarín, lengua materna del 61,5% de los habitantes de la China continental y del 20,1% de los taiwaneses (4,3 millones). El mandarín es oficial en China, Taiwán y Singapur, donde hay unos 200.000 hablantes de lengua materna (el 7,9% de la población) y 880.000 lo utilizan como segunda lengua. En total, el grupo de lengua materna podría sobrepasar los 900 millones de personas. Junto a él encontramos el shangainés o chino *wu*, con 90 millones de hablantes; el *min*, que tiene más de 70 millones con sus distintas variantes en la provincia costera de Fuyián y las islas de Taiwán y Hainán; el cantonés o *yué*, con 60 millones; el chino *yinyú*, con 45 millones de hablantes en las provincias de Shanxi y Shaanxi; el *gan* (provincia de Yiangxi, 20 millones); los dialectos del hunanés o *xiang* (36 millones en la provincia de Hunán) y los del *hakka* (34 millones en China sudoriental y en las islas).

Además de las variedades del chino, se hablan en China entre 50 y 200 idiomas más, según los distintos recuentos. Hay 55 minorías étnicas oficialmente reconocidas con sus respectivos idiomas, de los que son los más numerosos el chuán o *zhuang*, el *bouyéi* y el *dong*, emparentados con el *lao* (15, 2 y 2 millones de hablantes en las regiones meridionales de Guangxi, Ghizou y Hunan); el uigur, idioma altaico (7 millones de hablantes en la provincia occidental de Xinyiang); el *yizú* o *yi* y el *hani*, ambos de la familia del birmano (6,5 y 1,2 millones en torno a la provincia fronteriza de Yunnan); el mongol, con 4,8 millones (incluyendo la variedad hablada en Mongolia); los dialectos de la familia del *miao*, con casi 4 millones repartidos por el centro-sur de China; el coreano (casi 2 millones en Mongolia interior); el tibetano, el *kamo* y el *bai*, con más de un millón de hablantes cada uno en la región del Tibet y la contigua de Yunán; y el kazajo, del grupo túrquico (1,1 millones en el norte de Xinyiang, Gansu y Qinghai).

A lo largo del siglo XX, la política del Kuomintang, primero, y del régimen comunista, después, promovió un idioma común o *putonghua*, norma desarrollada a partir del mandarín simplificando los caracteres y tomando elementos de otras variedades del chino. Hoy día, el *putonghua* es la lengua universal del gobierno y la instrucción, de la que los “dialectos” regionales están excluidos, así como de los más difundidos medios de comunicación. El gobierno de Pekín viene insistiendo en la existencia de un idioma común con distintos dialectos, y en que el *putonghua* está “a la vanguardia de la reforma económica”. Al mismo tiempo, declara proteger las lenguas minoritarias (sólo 19 de ellas tenían expresión escrita en 1949 y ahora son 53, según fuentes oficiales) mediante su codificación y la elaboración de materiales para su enseñanza: en 1988 se habrían publicado 100 millones de volúmenes en 29 lenguas diferentes para estudiantes de 21 nacionalidades, y 10.000 escuelas bilingües de todos los niveles ofrecerían asignaturas de lengua y cultura étnicas a 6 millones de estudiantes (www.edu.cn).

En realidad, el principal objetivo de los esfuerzos educativos de China con sus minorías étnicas ha sido –y sigue siendo– la erradicación del analfabetismo y, en general, elevar su nivel educativo: según fuentes oficiales, el 90% de los zhuang eran analfabetos en los años 50. La instrucción en las lenguas vernáculas estaría dirigida además a facilitar el aprendizaje del chino. De otra manera, si son de creer las fuentes oficiales, la juventud actual “no es tan entusiasta como sus padres en aprender sus propias lenguas. Tienden a estudiar idiomas más extendidos”.

Al lado de las tendencias centrífugas de la minorías más activas políticamente (tibetanos, uigures), el camino hacia una mayor unificación lingüística se encuentra con un desafío de otra naturaleza y quizá mayor alcance: el de la fragmentación entre las variedades del chino. En 2000, el gobierno de Pekín promulgó una ley lingüística que prohibía la retransmisión de programas de televisión y radio en otra variedad del chino que no fuera el mandarín. Según un análisis de *Stratfor.com's Global Intelligence*, la ley estaba más dirigida a reafirmar el control central sobre unas regiones que experimentan los efectos de un rápido crecimiento y pueden desarrollar sentimientos de independencia, que hacia otras minorías menos dinámicas. En el sur, el uso del cantonés se ha extendido, al mismo tiempo que la prosperidad económica, desde Hong Kong a la contigua provincia de Guangdong. Los medios de comunicación locales usan ampliamente el cantonés, idioma de una viva literatura vernácula que sigue usando caracteres propios junto a la simplificada norma del *putonghua*. Algunos lingüistas dicen haber encontrado en el cantonés rasgos estructurales emparentados con la familia del vecino tai, lo que ha venido a reforzar la idea de una lengua distinta al mandarín.

Un reportaje del *Taipei Times* (3/12/2004) recogía recientemente la prohibición de emitir los populares dibujos animados de Tom y Jerry en las lenguas regionales (aunque sí podrán comercializarse en vídeo), y señalaba cómo el uso de los dialectos podría estar incluso reforzándose en algunas áreas con marcadas identidades locales, a veces por razones sociales y económicas (en lugares como Guangzhou o Shanghai, los idiomas locales estarían actuando como barrera para el acceso de los forasteros al empleo y la educación). Dirigidas a minimizar las influencias regionales y extranjeras en los usos lingüísticos, estas y otras medidas podrían tener como consecuencia no deseada la emergencia de disidencias basadas en distintas identidades culturales y lingüísticas.

En Taiwán, la compleja relación entre la norma común y las variedades regionales del chino ha encontrado otra horma para su zapato. Si durante décadas la política de los nacionalistas del Kuomintang persiguió extender el empleo del mandarín en la isla, donde sigue siendo mayoritario el *min* (lengua nativa del 66,7 de la población, por delante del mandarín, 20,1% de nativos y 60% como segunda lengua, y los dialectos *hakka*, 11%), las recientes presiones de la República Popular sobre Taiwan parecen estar invirtiendo el

signo lingüístico del nacionalismo taiwanés. Un informe sobre las elecciones presidenciales en Taiwan del pasado año señalaba como uno de los temas destacados de la campaña la política lingüística: mientras en la vida diaria avanza el uso cotidiano del “taiwanés”, los candidatos independentistas contaban con sacar rendimientos electorales del empleo de éste y otros idiomas locales (www.jamestown.org). En mayo, el parlamento de Taiwán adoptó una ley por la que los documentos oficiales deberán redactarse en el futuro al modo occidental, en horizontal y de izquierda a derecha (*The Straits Times*, 5/V/2004). El gobierno ha explicado esta reforma ligándola a la promoción del inglés y a la necesidad de adaptarse a los estándares informáticos internacionales. Aunque las autoridades académicas de la isla han recomendado separar la “localización” de la “des-sinización”, y hacer compatible el retorno a las raíces taiwanesas con la adopción de una cultura china “moderna”, se diría que en Taiwán se está desarrollando un “espacio cultural” propio y distinto del continental.

Parece una paradoja que las áreas más cosmopolitas de China estén reforzando y revitalizando sus idiomas y dialectos locales cuando el país más poblado del mundo experimenta un desarrollo económico y una apertura al exterior sin precedentes. La influencia internacional del mandarín es cada vez mayor, o al menos así lo anuncian las fuentes oficiales de Pekín. Según datos de la Red de Educación e Investigación de China (www.edu.cn), 100 millones de personas hablan o usan chino fuera de China, 30 millones aprenden el chino como lengua extranjera y 2.300 instituciones de enseñanza superior lo enseñan en 100 países diferentes. Cientos de miles de personas han pasado en los últimos años el HSK, examen de conocimiento del chino. Cada vez más estudiantes extranjeros, de Asia y del resto del mundo, acuden a China para aprender el idioma o cursar estudios superiores. De ellos, los surcoreanos forman el grupo nacional más numeroso; 2.563 jóvenes indonesios obtuvieron visado de estudiante en China en 2003, el 51% más que el año anterior (en parte a causa de las restricciones para estudiar en Estados Unidos de los últimos años). En Singapur, el gobierno inició en 2004 un programa para enviar estudiantes a China en igual número al que enviaba estudiantes a Estados Unidos y el Reino Unido. También aumenta al parecer el número de estudiantes occidentales en China, que fue el noveno destino para los estadounidenses en 2001-2002. A la inversa, es también creciente el número de chinos que siguen estudios en el extranjero, y especialmente en Asia: en la Universidad de Bangkok aumentaron de 50 en 1999 a 8.000 en 2003 (*New York Times*, 18/XI/2004).

Del creciente papel del chino empiezan a hablarnos asimismo indicadores como el número de patentes registradas o las publicaciones científicas (en las que China ocupó el séptimo puesto mundial en 2001; su clasificación fue inferior en el baremo de referencias), aunque en buena medida la ciencia china ha adoptado el inglés. Según datos de la UNCTAD, China es ya el segundo país en número de usuarios de Internet (87 millones) tras Estados Unidos, aunque la relación por número de habitantes (674/10.000) está aún muy lejos de la de Corea del Sur (6.034), Estados Unidos (5.514) o España (2.391). El número de páginas del dominio “.cn” alcanzó en 2004 las 160.421, por 1,1 millones del dominio “.es”. Según un cálculo de la presencia en la red por idiomas (www.glreach.com), la población en línea de habla china era en septiembre de 2004 el 13,7% del total mundial, detrás del inglés (35,2%) y por delante del español (9,0%), el japonés (8,4%), el alemán (6,9%) y el francés (4,2%).

Otro factor de la salida internacional del chino es el turismo. Los turistas chinos han aumentado en el vecindario asiático, pero también más allá. En Singapur, su número anual ha pasado de 165.000 a 600.000 en una década; en Tailandia sobrepasaron en número a los estadounidenses, y se acercan al millón de los japoneses; en Europa fueron 900.000 en 2004. Su destino favorito en Europa es París, donde encuentran guías que conocen su lengua y veladas privadas en Cartier “*in a welcoming, Chinese-speaking environment*” (*Business Week*, 9/XII/2003); Baviera lanzó en verano de 2004 una página

web de promoción turística en chino. Después de que en septiembre las autoridades chinas ampliaran en 26 países la lista de destinos permitidos a sus nacionales (en noviembre se añadieron Argentina y Brasil), la Organización Mundial del Turismo ha calculado que en 2020 los chinos serán el cuarto contingente nacional de turistas del mundo detrás de Estados Unidos, Japón y Alemania.

El extraordinario crecimiento económico de China en las últimas décadas –en un marco de estabilidad política prolongada– ha ido acompañado de una progresiva apertura internacional en todos los órdenes que respondería a su voluntad de “ascenso pacífico”, según la expresión acuñada por la actual dirección china. La doctrina del ascenso –o, más recientemente, el “desarrollo”– pacífico, ha sido interpretada como una estrategia consciente para reafirmar el poder y la influencia de China de forma no amenazadora: aceptando el multilateralismo, rebajando los potenciales conflictos territoriales, procurando no alterar el orden existente y cuidando de que sus inmediatos vecinos no recelen de su creciente hegemonía regional. Una vez consolidada ésta, China podría empezar a mirar más allá y aspirar a un puesto en la escena mundial acorde con sus dimensiones. Esta receta de protagonismo mundial, sin embargo, necesita de un ingrediente del que, como ha señalado Fernando Delage, China carece: *soft power* global (*Política Exterior*, noviembre-diciembre 2004).

El presidente Hu Jintao parecía estar dando carta de naturaleza a la renovada diplomacia cultural de su país cuando dijo ante el parlamento australiano, en 2003: “La cultura china pertenece no sólo a los chinos sino a todo el mundo (...) Estamos dispuestos a aumentar los intercambios culturales con el resto del mundo en una promoción conjunta de la prosperidad cultural”. Los observadores occidentales han señalado que mientras que los Estados Unidos recortaron los medios de su diplomacia pública en Asia durante los años 90, China ha empezado recientemente a exportar su cultura “como instrumento de legitimación y gesto tranquilizador” en su presentación ante la sociedad global (*IIS Strategic Comments*, noviembre 2004).

Varios son los medios que China ha comenzado a emplear en esta *charm offensive* o, según otros, campaña de “*calculated kindness*”. Han aumentado las cuotas de visados para estudiantes y turistas extranjeros; se han destinado mayores recursos a la difusión de Radio China Internacional y de la cadena en lengua inglesa CCTV-9, que emite en todo el mundo; las recientes medidas para permitir la entrada de empresas extranjeras en medios de comunicación han puesto como condición que los inversores incluyan en sus ofertas televisivas internacionales programas en chino; y se han aportado fondos para subsidiar la enseñanza del chino en instituciones extranjeras, como, por ejemplo, el Sirindhorn Chinese Language and Culture Center de la Mae Fah Luang University de Tailandia (*New York Times*, 18/XI/2004). En lo que respecta a la difusión de la lengua china, en 2001 se lanzó un programa de enseñanza del chino por Internet elaborado por la Universidad de Pekín, y se ha asignado a la Oficina Nacional para la Enseñanza de Chino como Lengua Extranjera la gestión de los centros del Instituto Confucio en el mundo.

Los comunicados oficiales aclaran que la misión de los centros del Instituto Confucio no será difundir el pensamiento del gran filósofo de la antigüedad, sino ofrecer cursos de lengua china, dar formación a profesores, administrar los exámenes oficiales, y auspiciar seminarios sobre cultura, educación y economía chinas. Pero hay quien ha cedido a la tentación de pensar que la elección de Confucio para dar nombre al buque insignia de la lengua china en el exterior se debe al convencimiento de las autoridades chinas de que una genuina apreciación de las virtudes confucianas de la rectitud y la benevolencia servirán para mitigar las suspicacias sobre cómo empleará Pekín su creciente poder en el futuro.

En noviembre de 2004 se inauguró el primer centro del Instituto Confucio en la Universidad de Maryland. Semanas después, en la apertura de otro centro en Seúl, el ministro de Educación de China se refirió a la “fiebre del chino” como un fenómeno mundial. Hay al parecer planes para establecer un centenar de centros en todo el mundo; tras la visita del presidente Kirchner a China en verano de 2004 se anunció la posible apertura de uno en Argentina; Suecia podría ser otro de los próximos países receptores. En la misma línea, familiar para algunos países occidentales, el año que viene se anuncia la celebración de un Congreso Mundial de la Lengua China en Pekín. Los Juegos Olímpicos de 2008 y la Exposición Universal de Shanghai en 2010 prometen ser sendos hitos de la diplomacia pública china.

Es pronto para hacer pronósticos sobre los resultados de la incipiente diplomacia pública de China; y más aún sobre el futuro del chino como lengua internacional, incluso en el caso de que, como anuncian algunas proyecciones, la economía china alcance a la de Estados Unidos de aquí a 50 años. El antecedente de Japón indica que un gran peso comercial y un alto grado de desarrollo educativo y científico no llevan aparejada necesariamente la influencia del idioma. En todo caso, tras este somero repaso del panorama lingüístico de Asia-Pacífico ha quedado al menos claro que la única lengua asiática con posibilidades de alcanzar una significativa difusión internacional en Asia y fuera de ella es el chino, si exceptuamos la influencia limitada del japonés o el alcance regional de algunas lenguas como el malayo o el hindi. En Occidente, las migraciones y cierta aceptación del multiculturalismo están propiciando un crecimiento relativo de la demanda de lenguas no europeas, que sin embargo no es probable que vaya más allá de una minoría especializada. En la universidad estadounidense, el japonés fue en 2002 la lengua asiática más estudiada, en quinto lugar detrás del español, el francés, el alemán y el italiano, y por delante del chino (6º) y el coreano (14º). Este orden refleja, entre otras cosas, la importancia comercial de los respectivos idiomas asiáticos para Estados Unidos; y, en este sentido, es probable que los motivos utilitarios hagan pasar pronto al chino por delante del japonés en las preferencias de los estudiantes americanos.

En Asia, los equilibrios estratégicos y económicos de los últimos dos siglos han acabado por dar a un idioma de origen extra-asiático, el inglés, el papel de lengua vehicular. Como en todo el mundo, este papel se ha visto reforzado en las últimas décadas por la supremacía política, tecnológica y cultural de los Estados Unidos. David Graddol ha dibujado tres escenarios posibles para la evolución del sistema lingüístico asiático: (1) el mantenimiento (o incluso crecimiento) del inglés como el idioma preferido para la comunicación internacional en la región en todos los niveles; (2) la expansión regional del mandarín, primero como lengua franca en la Gran China (el continente, los territorios retrocedidos y Taiwán) y a continuación como lengua de negocios internacionales en el Sudeste asiático, en detrimento del inglés; y (3) un mayor equilibrio entre los principales idiomas de comunicación internacional de la región que se reflejaría en una diversificación de la demanda de lenguas extranjeras en la enseñanza según los países, en función de la distribución de los flujos comerciales, turísticos, etc.

En cualquiera de estos tres escenarios es más que probable que se mantenga la tendencia a la simplificación del mapa lingüístico en torno a las lenguas hoy mayoritarias, tal como se ha descrito más arriba, aunque como resultado de las migraciones y el desigual desarrollo económico aparecerán nuevas modalidades lingüísticas, en particular en las grandes metrópolis multiculturales. Los idiomas asiáticos deberán seguir adaptándose a las normas internacionales impuestas por el avance de tecnologías de la información y la comunicación. Y, entre todas las lenguas extra-asiáticas presentes en Asia-Pacífico, sólo una, el inglés, conservará un papel internacional significativo.

4. Lenguas extranjeras en Asia-Pacífico

Al abordar el apartado de las lenguas extranjeras en Asia-Pacífico, surge de entrada la cuestión de si el inglés puede considerarse un idioma extranjero en Asia, o si se trata de un idioma asiático más. Después de una presencia colonial británica de varios siglos, el inglés quedó como idioma oficial de la India, donde sigue siendo extensamente usado en la administración pública, los negocios y la educación superior, al igual que en otros Estados descolonizados más recientemente, como Singapur o Fiyi. En Filipinas desempeña parecidas funciones, de las que desplazó al español después de su cesión a Estados Unidos en 1898. En Bangladesh, Pakistán y Papúa Nueva Guinea, que también fueron parte del Imperio Británico, su estatus oficial está menos definido, pero se mantiene en la instrucción y su empleo en los asuntos públicos en distintos grados. Y es, naturalmente, el idioma nacional de las colonias de población que un día fueron Australia y Nueva Zelanda, además de ser todavía la lengua oficial de una docena de territorios insulares que permanecen bajo soberanía de Australia, Estados Unidos, Nueva Zelanda y el Reino Unido.

En los países donde no hubo colonización anglosajona el inglés también se impone en la enseñanza. En Tailandia se empieza a estudiar desde el primer año de escolarización; en China y Corea, desde el tercero; y en Taiwán desde el quinto, según datos de la APEC. Si tomamos la clasificación mundial de examinandos de una extendida prueba de inglés como lengua extranjera (TOEFL), exigido para cursar estudios en universidades estadounidenses, los ocho primeros países de procedencia fueron asiáticos en el periodo julio 2002-junio 2003, por este orden: Japón, China, Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong, Tailandia, India e Indonesia (www.toefl.org).

La economía del conocimiento impulsa al inglés por todas partes. La adquisición de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación exige su aprendizaje previo. En este sentido, una ventaja adicional del inglés respecto a los idiomas asiáticos es la dificultad para crear lenguajes de programación informáticos comunes a Asia. A pesar de sus raíces comunes, los caracteres chinos, japoneses y coreanos no son interreconocibles; cada país ha desarrollado su *software* para reconocer el idioma propio, y los esfuerzos realizados hasta la fecha para armonizar unos y otros no han dado resultados significativos. Así, por ejemplo, un mensaje electrónico tecleado en *tai* sólo podrá ser leído en un ordenador que haya sido programado para descifrar esa lengua. El resultado es la creciente adopción del inglés (o al menos del alfabeto latino) como sistema de escritura en las nuevas tecnologías, y el consiguiente descuido de las caligrafías locales, como confirmaba una reciente encuesta entre internautas chinos (*El País*, 14/IX/2004).

La globalización erosiona los idiomas locales, pero no deja inmune al inglés. A medida que el uso de éste se extiende entre no nativos, surgen nuevos tipos de *Asian English* como resultado del contacto con las lenguas locales: el *Singlish* de Singapur, el *Englog* o *Konyo English* de Filipinas, el *Manglish* de Malaisia, o los *Tanglish*, *Hinglish* y *Benglish* de la India. Aunque a estas variedades híbridas no les faltan abogados (por ejemplo en medios literarios y periodísticos de Singapur) que las defienden como señas de identidad, la “glocalización” del inglés ha causado preocupación en algunos gobiernos asiáticos en la medida en que la pérdida del inglés estándar refleja carencias educativas y limita precisamente el valor de comunicación que se busca mediante su aprendizaje masivo. El gobierno de Singapur lanzó en 2001 la campaña *Speak Good English Movement*; a finales de 2003, un memorándum presentado por el secretario de Educación de Filipinas alertaba sobre el deterioro del nivel de inglés entre los profesores y el alumnado; para detenerlo, el gobierno ha emprendido el programa *National English Proficiency*.

Por ser idioma oficial de un buen número de Estados de la región y porque el sistema internacional moderno en Asia se ha desarrollado en buena medida bajo la tutela de los Estados Unidos, el inglés ha llegado a ser el único idioma de la diplomacia multilateral en Asia-Pacífico. El Banco de Desarrollo Asiático, que hoy tiene 63 miembros de Asia y el resto del mundo, fue creado en 1966 por un convenio autenticado sólo en inglés y que establece el inglés como único idioma de trabajo (art. 34). En ocasiones, Japón (que tiene el mismo poder de voto que los Estados Unidos) ha aportado fondos extraordinarios para traducción, pero lo ha hecho para facilitar el acceso de los países miembros en desarrollo a documentos “operacionales” (convocatorias de proyectos, etc.). La ASEAN se fundó en 1967 mediante una declaración en inglés suscrita por Indonesia, Filipinas, Malasia, Singapur y Tailandia, a los que luego se sumaron Brunei, Camboya, Laos, Myanmar y Vietnam. Ni siquiera los encuentros con la multilingüe Unión Europea, en el marco de la ASEM, se desarrollan en otros idiomas. Hace poco hubo protestas en la prensa tailandesa porque los documentos de la XV Conferencia Mundial sobre SIDA en Bangkok sólo estaban disponibles en inglés; el discurso inaugural de Kofi Annan fue traducido sólo a los seis idiomas oficiales de la ONU, entre los que sólo el chino es propio de Asia-Pacífico. Según el *Bangkok Post* (14/VII/2004), sólo 4 de los 50 ordenadores dispuestos para los periodistas estaban programados en *tai*.

La APEC, creada en 1989 y formada en la actualidad por 21 Estados de ambas orillas del Océano Pacífico (incluyendo los hispanohablantes Chile, México y Perú), utiliza sólo el inglés en sus documentos y declaraciones públicas. En la titulada “*Promoting good governance and a knowledge-based society*” (Santiago de Chile, noviembre de 2004), los líderes de las “economías-miembros” (entre los que se encontraban los presidentes de China, Japón y Rusia) apoyaron los esfuerzos de la APEC “en el campo de la educación, en particular el trabajo emprendido para promover el empleo del inglés y otros idiomas como herramientas para las pequeñas y medianas empresas, y el uso de las tecnologías de la información en el proceso de aprendizaje”. Previamente, la III Reunión de Ministros de Educación de la misma APEC había aprobado un plan estratégico para la enseñanza del inglés y otras lenguas en los países miembros. En la introducción al plan se recoge la preocupación creciente de algunos países por preservar los idiomas nacionales e indígenas, en especial en aquellos países donde impera ya el bilingüismo o el multilingüismo, y la importancia dada por ciertos países al aprendizaje, además del inglés, de los idiomas del ámbito regional más inmediato por razones políticas y comerciales. Pero sobre todo se reconoce que “por haberse convertido en el medio más común de comunicación en el mundo global, el inglés es el idioma que proporciona oportunidades de empleo, acceso a la educación superior y un mayor flujo de información, además de facilitar las conversaciones diplomáticas y las negociaciones mercantiles”.

De mantenerse el característico pragmatismo asiático, la adopción del inglés puede ahorrar a los Estados de la región considerables trabajos y recursos en la construcción de sus organizaciones multilaterales. Hasta cierto punto libre de connotaciones hegemónicas por su carácter de lengua franca mundial, el inglés ofrece la ventaja de ser un idioma neutral en el juego de las rivalidades regionales. Pero si los equilibrios políticos y económicos evolucionan en el sentido de dar a China un mayor peso en la región, no es imposible que esta evolución acabe reflejándose también en los idiomas empleados en las relaciones diplomáticas. Es cierto que a pesar de su expansión económica en Asia desde la posguerra, Japón no promovió el uso del japonés en las organizaciones regionales. Pero la nueva potencia emergente, China, tiene al menos tres elementos de los que careció el “milagro” japonés: el carácter de lengua oficial en las Naciones Unidas, numerosas comunidades de emigrantes en las que apoyarse en el exterior y una aparente voluntad de afirmación nacional sin culpas del pasado que purgar.

Al lado de la abrumadora presencia del inglés ¿qué lugar ocupan otras lenguas extranjeras en Asia? Es imposible resumir aquí los vestigios dispersos que quedan de las demás lenguas europeas de la época misionera y colonial en las respectivas ex colonias. Ninguno de ellos es significativo en comparación con la vigencia del inglés. Como hemos visto, el holandés fue abandonado en Indonesia después de la ocupación japonesa y la independencia; sólo algunas elites lo mantuvieron como seña de distinción, como el español en Filipinas a partir de la ocupación estadounidense; el francés decayó rápidamente en Indochina, aunque sigue teniendo presencia oficial en los territorios dependientes de la Polinesia francesa, Nueva Caledonia y Wallis y Futuna, y en el micro Estado de Vanuatu, donde es cooficial con el inglés y el bislama o criollo local. Después de la retrocesión de Macao a China en 1999, el portugués sigue presente en el pequeño Estado de Timor, independizado en 2002 después de cuatro siglos de dominio portugués y 24 años de ocupación indonesia.

Timor Este, el Estado más joven del mundo, ofrece un caso de estudio expresivo de las tendencias lingüísticas de Asia-Pacífico, con cuatro de sus elementos característicos en presencia: el vernáculo, el colonial, el regional y el global. La constitución designa al inglés y al indonesio como “idiomas de trabajo” (sección 159), mientras que los oficiales serán el *tetún*, la lengua franca local (entre muchas otras), de la familia del malayo, y el portugués, el idioma de la administración colonial hasta la ocupación indonesia de 1975 (sec. 13). Añadir a los múltiples problemas de este pequeño país el de la rivalidad institucional entre cuatro lenguas es para algunos una pérdida de tiempo (*The Economist*, 18/VII/2002), pero también puede ser visto como un reconocimiento inevitable de la realidad timorensis. De hecho, cada uno de ellos desempeña una función diferente, y su evolución nos dirá mucho sobre los futuros equilibrios lingüísticos en Asia. El *tetún* es la seña de identidad, consolidada por la decisión de evangelizar en el idioma nativo y convertida bajo la invasión indonesia en el idioma de la resistencia. Pero se trata de un idioma minoritario y con poca expresión escrita. El portugués, hablado apenas por un cuarto de la población, fue la lengua de la elite libertadora, y permite marcar las diferencias con los dominantes vecinos de Timor: Australia e Indonesia. En su favor se alegan también razones pragmáticas: se enseña ya en las escuelas primarias, y es fácil de aprender para los hablantes del híbrido *tetún*, que tiene abundantes préstamos portugueses. Además, es el sexto idioma del mundo, y podría ayudar a la emergente industria turística, pues es próximo a otros idiomas importantes en el turismo internacional (francés, italiano y español) y, junto a la arquitectura colonial, proporciona a Timor un encanto distintivo como argumento de venta: un pedazo del mediterráneo en Asia. El indonesio y el inglés son los idiomas de los primeros socios comerciales de Timor, Indonesia (que ocupa la parte occidental de la isla) y Australia, y el segundo es como, sabemos, además de la principal lengua de intercambio en Asia y el principal rival del portugués en las escuelas timorenses, el idioma de la globalización.

Además de menguantes huellas de la presencia colonial occidental, los principales idiomas europeos siguen siendo en Asia lenguas extranjeras en la educación reglada y en la enseñanza libre, debemos suponer que con suerte variable. A falta de datos precisos y comparables de estudiantes de idiomas extranjeros en los distintos países de la región (lo que merece un estudio separado), no hay duda de que la demanda de enseñanza de lenguas distintas del inglés va muy por detrás de la de éste en todos los niveles educativos. Algunas fuentes de información daban al francés 39.000 estudiantes universitarios en China en 2003; algunos más al alemán, y apenas 2.000 al español (*El País*, 26/I/2003). Según una encuesta sobre la imagen de España en Japón realizada en otoño de 2003 a una muestra general de la población, el 35% de los encuestados dijo estar estudiando inglés, el 2,6% alemán, el 2,4% francés, el 2,3% español y el 2,2% italiano. Si comparamos estos resultados con los de la demanda pasada (“han estudiado”) y con los de la demanda potencial (“les gustaría estudiar”) parece que,

mientras el inglés mantiene distancias, el alemán y el francés tienden a ceder terreno ante el español y el italiano (www.realinstitutoelcano.org/publicaciones/libros/librojapon/pdf).

No es preciso buscar más comprobaciones para confirmar la primera conclusión de este apartado: como en la mayor parte del planeta, la primera lengua extranjera en Asia-Pacífico (allí donde no es la lengua nacional u oficial) es el inglés, tanto en los países que fueron parte de los imperios europeos como en aquellos países que nunca fueron propiamente colonias occidentales. Muchos gobiernos de la región han adoptado políticas de enseñanza masiva del inglés en la instrucción pública, y favorecen el aprendizaje del inglés como requisito imprescindible para una adecuada incorporación de sus sociedades a la economía del conocimiento.

A gran distancia del inglés estaría un pequeño pelotón de idiomas europeos, unos con más arraigo histórico que otros en Asia, y de cuya posición relativa en los distintos sistemas de enseñanza asiáticos podemos aún saber mucho más. Hay indicios de que, al igual que en otras partes del mundo, en algunos países como Japón la tradicional ventaja del alemán y del francés sobre el italiano y el español podría estar acortándose. Como sabemos, en Asia-Pacífico hay una gran variedad de países, con culturas y estadios de desarrollo muy dispares. Para conocer mejor las tendencias de las lenguas extranjeras en la región, será necesario estudiar caso por caso los diferentes sistemas educativos y si en efecto se abren al español posibilidades semejantes a las conocidas en otras áreas del mundo. Veremos en el apartado siguiente cómo esta tarea no ha hecho más que empezar.

Por último, cabe preguntarse hasta qué punto y por cuánto tiempo los idiomas europeos seguirán siendo los preferidos en los distintos sistemas educativos asiáticos. A medida que la región de Asia-Pacífico crezca en peso demográfico y económico y gane conciencia de su centralidad, no sería extraño que los idiomas occidentales fueran progresivamente sustituidos en las preferencias de los estudiantes por los idiomas de las principales potencias regionales. Incluso el inglés, que a duras penas puede considerarse lengua extranjera en Asia, podría a medio plazo encontrarse con la rivalidad del chino en el contexto regional.

5. La lengua española en Asia

Al poner los datos de que disponemos sobre el telón de fondo descrito en los apartados anteriores, la presencia de la lengua española en Asia-Pacífico resulta pequeña en comparación con otros idiomas europeos, aunque no carece de perspectivas interesantes. Si bien los españoles fueron de los primeros europeos en llegar a la región, y pese a que la presencia política de España en Asia se extendió a lo largo de casi cuatro siglos, las huellas lingüísticas del español se limitan a un reducido grupo de hablantes nativos que lo han conservado como idioma casi privado en Filipinas; una abundante toponimia y antroponimia hispánica en Filipinas y las Islas Marianas; y los préstamos del español que conservan algunas lenguas de estos archipiélagos, como el chabacano, y, en menor medida, el chamorro y el tagalo. En el resto de Asia, el español es un idioma extranjero más que da sus primeros pasos como lengua de interés para la cultura, el turismo y los negocios internacionales.

Los vestigios históricos del español en Asia oriental y Oceanía son escasos, pero no irrelevantes. En Filipinas, donde la colonización española no llegó a tener la misma profundidad que en Cuba o Puerto Rico, la herencia cultural hispánica se consumió rápidamente a partir de la cesión del archipiélago a Estados Unidos, en 1898. Autores como Antonio Quilis o Vicente R. Pilapil han resumido los esfuerzos estadounidenses por extender la instrucción pública en Filipinas, y cómo el español fue perdiendo hablantes y medios de expresión en favor del inglés: en 1902, la circulación de los periódicos en

español casi triplicaba a la de los publicados en inglés; en 1946, el año de la independencia, la relación era de 40 a uno a favor de los de lengua inglesa. No obstante, el español siguió usándose en la administración y en el Parlamento (excepto durante la ocupación japonesa de 1942-1945) y fue cooficial en la Constitución hasta 1987, y por lo tanto lengua obligatoria en la instrucción pública. La hispanizada elite local lo conservó como signo de distinción, y aún se transmite dentro de algunas familias influyentes. Todavía es, constitucionalmente, lengua de promoción voluntaria (a la par que el árabe). Desde 1924, la Academia Filipina está asociada a las demás academias de la lengua española.

En la actualidad, se siguen hablando dos tipos de español como lengua materna en Filipinas, como ha explicado Rafael Rodríguez-Ponga: el español de Filipinas, idioma privado de unos 3.000 hablantes, concentrados sobre todo en la región de Manila; y el chabacano, lengua criolla fruto del “contacto del español con el tagalo, el cebuano y otras lenguas, y que quizá esté emparentado con los criollos malayo-portugueses”, hablado por unas 290.000 personas en su mayoría residentes en Mindanao occidental. El número de hispanohablantes podría situarse entre el millón y medio y los dos millones si se tienen en cuenta los hablantes de español como segunda, tercera o incluso cuarta lengua (lo cual en el contexto plurilingüe de la sociedad filipina es algo relativamente corriente).

La presencia histórica del español no le confiere un lugar especial como lengua extranjera en el sistema educativo filipino. Desde 1987 está ausente de la instrucción pública primaria y secundaria, y en estos niveles sólo se imparte en algunos colegios privados. Sólo el 5,4% de los centros de enseñanza superior impartía clases de español en 1995, con poco más de 15.000 alumnos y 170 profesores, según datos recogidos por M^a Dolores Pita. Según datos del profesor E.T.L. Bautista, de la Universidad de Filipinas (UP), en el primer semestre del curso 2004-2005 eligieron español como lengua extranjera 1.126 estudiantes, francés 721, alemán 346, italiano 291, portugués 112, latín 58 y ruso 46. Sin embargo, el número de los matriculados se redujo por cursos de 3.199 en 1999-2000 a 2.552 en 2003-2004. En la actualidad no hay ningún doctorando en estudios hispánicos en la única universidad que ofrece este título, la pública UP, que sin embargo forma a profesores de español. En el sector informal la demanda parece más viva. El Instituto Cervantes de Manila (el único de Asia-Pacífico) registró en los últimos tres años un aumento de matrículas en cursos de español de 2.361 (1999-2000) a 3.697 (2002-2003). Estos indicios podrían sugerir que los filipinos empiezan a interesarse por el español como lengua internacional, al igual que ha ocurrido en otros países de Europa, América e incluso de Asia. El español, apartado por las políticas de unificación lingüística realizadas en este caso en torno al inglés y al tagalo o filipino, podría aspirar a ocupar un nuevo papel en Filipinas como lengua extranjera y de cultura.

Como en Filipinas, donde un decreto de 1849 reguló la adopción de apellidos españoles¹ (que ahora llevan millones de filipinos), en las Islas Marianas la lengua española sigue presente ante todo en topónimos y antropónimos. Ocupadas por los españoles a partir de 1521, fecha en que dio con ellas la expedición de Juan Sebastián Elcano, se mantuvieron vinculadas a España hasta 1898. En una evolución paralela a la de Filipinas, el español hablado fue retrocediendo desde entonces en estas islas hasta casi desaparecer, como ha registrado Paloma Albalá. En la isla de Guam, territorio de Estados Unidos, los censos registran algunos cientos de hispanohablantes (apenas el 0,5% de la población) que seguramente proceden de emigraciones recientes, y el español se enseña en algunas escuelas y en la Universidad; desde 1974, el chamorro, lengua autóctona de la familia austronésica con abundantes préstamos hispánicos, es cooficial con el inglés. En las

¹ Agradezco al insigne genealogista don Miguel de Avendaño la información sobre este hecho pequeño pero trascendental para la memoria del español en Asia.

Marianas del Norte, Estado asociado a los Estados Unidos, son cooficiales el chamorro, el carolino y el inglés desde 1985.

Unas 90.000 personas declaran al censo ser hablantes de español en Australia, en su mayor parte emigrantes o descendientes de emigrantes españoles o hispanoamericanos, e incluso filipinos. El español se sitúa así como el octavo idioma de Australia después del inglés, el italiano, las lenguas chinas, el griego, el árabe, el vietnamita y el alemán. Mario Martín ha estudiado esta inmigración, que tiende a integrarse en la anglófona sociedad australiana y por consiguiente a perder el español, y en relación con ella la evolución de la enseñanza del español, que dio sus primeros pasos en Australia en las escuelas “étnicas”. En la universidad, la lengua española fue introducida en la década de 1960 por su valor cultural y literario. De 42 universidades, 18 poseen programas propios de español. La demanda de español ha crecido significativamente en todos los niveles educativos en las últimas décadas, gracias al respaldo institucional español (en 1983 se abrió una sección educativa en la Embajada de España, hoy única Consejería de Educación de Asia-Pacífico) y a una nueva política lingüística más abierta hacia las lenguas minoritarias. Sin embargo, su posición relativa con respecto a otras lenguas extranjeras estudiadas no parece haber variado al menos en la enseñanza secundaria, donde sobre todo habrían progresado las lenguas asiáticas: el japonés (1º en 2002), el chino (3º), el indonesio (5º) y el vietnamita (8º); el español sería sólo 9º, por detrás también de las demás europeas: francés 2º, alemán 4º, italiano 6º y griego 7º. En todo caso, la enseñanza de lenguas extranjeras es minoritaria en Australia, y está condicionada por el debate sobre las relaciones con los vecinos asiáticos. En este contexto, la lengua española apenas empieza a interesar al público general debido a factores económicos e intereses turísticos. Según fuentes de la Embajada de España en Canberra, la situación del español en Nueva Zelanda no sería muy diferente a este respecto. A la escasez de demanda se une la falta de profesorado cualificado: como en toda la región de Asia-Pacífico, la mayoría de los docentes de español como lengua extranjera son profesionales no nativos.

En Asia Oriental (China, Japón, Corea del Sur y Taiwán), la situación del español como lengua extranjera (ELE) ha sido estudiada por Taciana Fisac. En ninguno de estos países existe tradición antigua de enseñanza del español. En China, el interés moderno por la lengua surge en la década de 1950, al hilo de la política latinoamericana de la República Popular. En 1952 se funda la primera sección de español en la Universidad de Lenguas Extranjeras de Pekín. Muchos jóvenes fueron enviados a Cuba y México en los años 60 para perfeccionar el español. La mayoría de las universidades que ofrecen titulaciones de español lo hacen desde la década de 1960, pero en los últimos cinco años se ha producido un aumento significativo. En la actualidad, según datos de Nicolás Arriaga, son 16 las instituciones de enseñanza superior que imparten español (12 en 1999), y 1.597 los estudiantes de licenciatura en Filología Hispánica (79 en 1999); los estudiantes de posgrado habrían pasado de 45 a 80 en el mismo periodo 1999-2003. Mientras tanto, los profesores de aquellos mismos departamentos han aumentado solamente de 110 a 120. A los estudiantes de carrera habría que sumar los alumnos de cursos especiales o libres, quizá varios millares.

En Hong Kong, la enseñanza del español se inicia en la década de 1970 en la Sociedad Hispánica; sus primeros alumnos eran en su mayor parte miembros de la administración británica con propiedades en España, y su profesorado estaba compuesto sobre todo por religiosos. El seminario de los frailes dominicos de Hong Kong también impartía clases de español a sus seminaristas, venidos de toda Asia. Como parte de la enseñanza reglada, el español se introduce en 1993 en la Universidad de Hong Kong, donde hay un lector español destacado por la AECI desde 1993. Aquí, el número de alumnos ha aumentado de 77 en 1993-1994 a 319 en 2003 (en este año los de francés fueron unos 800 y los de alemán unos 500), y según Mercedes Vázquez, profesora en esta Universidad, “la

demanda real es mucho mayor y no puede ser atendida debido a la escasez de profesorado”. Algunos cientos más de estudiantes de español siguen cursos en otras cinco universidades y en instituciones como el centro de enseñanza de adultos de la Universidad de Hong Kong (SPACE), la Cámara de Comercio española o el Instituto Valenciano de la Exportación, además de cierta presencia en los colegios internacionales de la ciudad. El número de estudiantes de español en toda la ciudad sería al menos de 1.929 (676 en la enseñanza superior, 873 en la secundaria y 380 en la enseñanza libre).

En Japón, el primer centro donde se impartieron clases de español fue la Escuela de Idiomas de Tokio, en 1897. En Osaka, la Universidad de Estudios Extranjeros lo incluyó desde su fundación, en 1921. Sin embargo, la mayor parte de los departamentos de español existentes en la actualidad se crearon en los años 70 y 80, seguramente en relación con el interés turístico, comercial y cultural por España e Hispanoamérica que nace en Japón por esas fechas. Hoy serían 12 los departamentos universitarios que ofrecen estudios de licenciatura, y un centenar los centros superiores donde se imparte ELE. En 1972, la proporción de profesores de inglés era del 49,8%, seguidos del alemán (36,6), francés (9,7), ruso (2,6), chino (1,5) y español (0,4). La Asociación Japonesa de Hispanistas, fundada en 1955, cuenta con 400 miembros. La evolución de las inscripciones para el Diploma de Español como Lengua Extranjera (DELE) podría indicar un creciente interés en los últimos años (Cuadro 3). Sabemos también, gracias a un estudio de Javier Noya, que al 39% de los japoneses les gustaría aprender español (por el 2,4% que lo estudian en la actualidad, y el 11% que lo han estudiado alguna vez). Sin embargo, esta intención podría reflejar una simpatía general que no necesariamente ha de traducirse en un interés efectivo por la lengua.

Cuadro 3. Evolución de los exámenes DELE, 2000-2003

	2000	2001	2002	2003
Australia	47	76	78	–
Corea del Sur	408	449	496	509
Filipinas	37	32	117	35
Japón	450	431	559	624
Malaisia	–	35	92	58
Nueva Zelanda	27	5	13	–
Taiwán	–	–	–	52
Vietnam	–	–	–	11*

(*) Según datos más recientes del Aula Cervantes de Hanoi, en 2004 los exámenes habrían aumentado en un 354% con respecto a 2003.

Fuente: *Plan Marco Asia Pacífico. Informe de seguimiento (Marzo 2004)*.

Japón y Corea concentran el 90% de los exámenes DELE de la región. Puede que el primer europeo en pisar Corea fuese español (el jesuita Gregorio de Céspedes, en 1593), pero los primeros cursos superiores de español empezaron en 1948. Durante muchos años la Universidad Hankuk de Estudios Extranjeros, que empezó la docencia de español en 1953, fue la única en ofrecer clases de castellano. En la actualidad habría 15 universidades con departamentos de español (unos 2.000 estudiantes y 79 profesores en 2004), a las que hay que añadir las academias militares y una quincena de universidades que imparten ELE y otros cursos de cultura y civilización hispánica. Según la profesora Eunhee Kwon, el español se enseña también en la enseñanza secundaria desde 1985 (43 institutos con 52 profesores en 2004) y en las academias privadas (entre 30 y 40 repartidas por el país). El español habría “ganado terreno al francés y al alemán” pero estaría lejos de “las actuales lenguas dominantes”. En 2003, el japonés habría tenido 367.012 estudiantes, 114.186 el chino, en torno a 100.000 el alemán y el francés, y tan sólo 7.668 el español, según datos recogidos por Hyosang Lim. En Daegu se encuentra uno de los dos únicos centros asociados (centros independientes reconocidos) del Instituto Cervantes en Asia. El hispanismo coreano es, con el japonés, uno de los más

activos de la región; la joven Asociación Coreana de Hispanistas (1981) tiene 200 miembros y publica la revista *Estudios Hispánicos* parcialmente en español.

Las relaciones de Taiwán con Hispanoamérica, de donde son 14 de los 28 países que aún mantienen relaciones diplomáticas plenas con la isla, explican en buena medida el interés por la lengua española en la isla antes conocida como Formosa. Entre España y Taiwán existen algunos vínculos recientes, como consecuencia del establecimiento de pequeñas colonias de nacionales en los respectivos países. En la década de 1950, misioneros españoles e hispanoamericanos iniciaron cursos de español en la Universidad Nacional de Taiwán; en 1962 emprendió la docencia de español la Universidad de Tamkang, y en 1964 la Universidad Católica de Fu Yen. Los jesuitas de Taiwán publicaron el *Diccionario español de la lengua china* y fundaron la revista *Encuentros en Catay*. En el curso 1999-2000, los estudiantes universitarios de español habrían alcanzado el número de 2.227, repartidos por cinco centros de educación superior. Además, se imparte el español en un número indeterminado de academias privadas, en las academias militares y en el Instituto de Comercio Internacional.

En el resto de Asia-Pacífico, la enseñanza del español parece brotar casi de la nada. En Vietnam, el responsable del Aula Cervantes de Hanoi (2001) da cuenta de la existencia de una comunidad de unos 1.500 hablantes de español como segunda lengua, en su mayoría formados en Cuba a partir de los años 60. El departamento de español de la Universidad de Estudios Extranjeros de Hanoi tiene cinco docentes (una lectora de la AECI entre ellos) y unos 150 alumnos de licenciatura o de ELE. En la Universidad de Ciencias Sociales y Humanidades de Hochimin, donde hay otro lector de la AECI, había 15 alumnos matriculados de ELE en 2003-2004. En Malasia, donde también hay dos lectores de la AECI, se empezó a ofrecer español en la universidad como asignatura optativa en 1972, y ahora son nueve las universidades que imparten ELE, sumando en total un millar de alumnos, cinco de ellos de la diplomatura de español de la Universidad de Kuala Lumpur. Además hay otras instituciones que imparten español, como la escuela diplomática, academias privadas y colegios internacionales. La responsable del Aula Cervantes de Kuala Lumpur (2003) señala que la pertenencia de Malasia a la APEC (donde están también Chile, México y Perú) y las relaciones comerciales explican en parte este interés creciente por el español. El tercer Aula Cervantes se abrió en marzo de 2004 en el centro de lenguas de la Universidad Trisakti de Yakarta, que ha inscrito a casi 60 alumnos de español desde su creación en enero del mismo año.

“La enseñanza de español en la India, especialmente a nivel de licenciatura y posgrado, cuenta con una historia muy breve”, comunicaba el profesor Vasant G. Gadre en el IV Congreso de Hispanistas de Asia de Seúl, en 1996. Según la responsable del Aula Cervantes de Nueva Delhi, idiomas como el japonés, el español y el chino estarían reemplazando en la Universidad al ruso, al francés y al alemán en las preferencias de los estudiantes de lenguas extranjeras. En Bangla Desh hay cuatro centros donde se imparte el ELE, todos ellos en Dhaka (anteriormente Dacca): dos colegios internacionales, una academia de idiomas y el Instituto de Lenguas Modernas de la Universidad de Dakha, que empezó en 1988 y cuenta con un lector de la AECI. En Tailandia, la enseñanza del español se limita a algunas clases esporádicas en academias privadas, los colegios internacionales y dos universidades. En la de Chulalongkorn, según dos de sus nueve profesores (Alejandro Muñoz y Yun Sil Jeon), parece una lengua en alza, debido en parte a la popularidad del español en Estados Unidos. Como en otros países de Asia donde la enseñanza de lenguas extranjeras es relativamente reciente, muchos estudiantes no saben muy bien porqué las aprenden, ni el uso que les darán al terminar sus estudios. En Mongolia, donde como en otros países comunistas empezaron a formarse traductores de español a partir de la revolución cubana, no hay enseñanza superior de español pero existe un Centro de Hispanistas Mongoles, “organización no gubernamental de masas”, y

un Instituto de Idioma Español Gobi que empezó a enseñar a principios de los años 1990 y tenía 200 alumnos en 1996.

6. El despliegue institucional del español en Asia

Aunque parciales y dispersos, estos datos indican un cierto surgimiento del español como lengua extranjera en Asia-Pacífico, pequeño pero significativo si tenemos en cuenta lo reciente de su enseñanza. Las razones por las que el español asoma en estos países, a pesar de la lejanía geográfica y cultural y la ausencia de vínculos históricos relevantes, son diversas y aparecen en grado variable según los distintos países. Se han mencionado algunas: la creciente conciencia de la difusión internacional del español, y por lo tanto de su valor comunicativo; el factor “lengua de moda”, por influencia estadounidense y su producción cultural de masas; la simpatía por algunos rasgos del carácter español o latinoamericano, tal como son percibidos en Asia; las perspectivas profesionales que abre, como consecuencia de las relaciones con España o América (comercio, inversiones, turismo). En Filipinas, donde quedan remotas huellas de la presencia española, a estos motivos se superpone la ventaja de la relativa familiaridad; en los países más desarrollados donde hay más tradición de enseñanza de lenguas extranjeras, el español podría representar una cierta novedad, atractiva para los más jóvenes, frente a otros idiomas europeos con mayor “pedigrí” universitario; en los países asiáticos emergentes, el interés por el español –y otras lenguas europeas– forma parte de su apertura al exterior: en China, que no oculta sus designios de un mayor papel internacional, la enseñanza de lenguas extranjeras forma parte de una política consciente de presencia en el mundo, la otra cara de su incipiente política de promoción de su propia cultura; en otros países con menores recursos parece haber sido determinante el establecimiento de lectorados AECI y Aulas Cervantes (Cuadro 4).

Cuadro 4. Despliegue del Ministerio de Educación y Ciencia, la AECI y el Instituto Cervantes en Asia-Pacífico, 2004

	Ministerio de Educación y Ciencia	Lectores de la AECI	Instituto Cervantes
Australia	Consejero de Educación y 2 Asesores Técnicos	2	
Bangladesh		1	
China	Consejería aprobada	16	
Corea del Sur			Centro Asociado, Daegu
Filipinas	Consejería aprobada	4	Instituto Cervantes, Manila
India		3	Centro Asociado, Nueva Delhi Aula Cervantes, Nueva Delhi
Indonesia		2	Aula Cervantes, Yakarta
Malaisia		2	Aula Cervantes, Kuala Lumpur
Nepal		1	
Nueva Zelanda	2 Asesores Técnicos	1	
Pakistán		1	
Tailandia		2	
Vietnam		2	Aula Cervantes, Hanoi

Fuente: Informe de seguimiento. Plan Marco Asia-Pacífico (Marzo de 2004).

Según datos del Informe de Seguimiento del Plan Marco Asia-Pacífico (noviembre 2004), el número de lectorados destacados por la AECI en la región aumentó de 25 a 37 de 2002 a 2004. En el mismo período se han abierto tres Aulas Cervantes (centros de

recursos basados en la informática dirigidos por un profesor nativo de español), en Hanoi, Kuala Lumpur y Yakarta, además de otorgarse acreditación a los centros asociados de Seúl y Nueva Delhi, que se unen al Instituto Cervantes de Manila, único centro completo de la red en toda la región. En 2002 y 2004 se aprobaron sendos decretos para la apertura de Consejerías de Educación en Manila y Pekín; cuando funcionen plenamente, serán tres las Consejerías de Educación en Asia. Las nuevas Consejerías no nacen dirigidas, como en su momento la de Canberra, que tiene competencias en Australia y Nueva Zelanda, a asegurar ante todo la adquisición del español por parte de los menores de la comunidad española; será su preocupación más bien, entre otras misiones, la extensión y la calidad de la enseñanza de la lengua en los sistemas educativos nacionales. Cabe añadir la apertura de un Centro de Estudios Catalanes de la Universidad de Barcelona en Shanghai, que sin duda contribuirá a despertar el interés por España y sus distintas lenguas cooficiales, incluido el español, y los planes para la creación de un colegio español en Manila. A estas medidas directamente relacionadas con la difusión del español hay que añadir el notable incremento de las actuaciones culturales y educativas en los dos sentidos (en Asia y en España) que se han llevado a cabo con respaldo oficial en estos años, como han recogido Sean Golden y Taciana Fisac en sus comentarios al Plan Marco. A efectos de difusión de la lengua, son especialmente interesantes los programas de becas destinados a la estancia de estudiantes asiáticos en España.

No es fácil evaluar el efecto de estos esfuerzos en la evolución de la demanda de ELE. La repercusión pública de los lectorados y Aulas Cervantes es, sin duda, limitada para países tan poblados en términos cuantitativos (sin duda menor a la de la gira del Real Madrid), pero es significativa en la medida en que alcanza a la minoría que recibe educación superior. Y, como toda inversión, los retornos necesitan tiempo y constancia. Gracias a los profesores destinados allí –fuente de buena parte de los datos recogidos en este trabajo– empezamos al menos a conocer de primera mano la situación del español en esos países, y a hacernos una idea de las posibilidades de promoverlo.

Sobre el efecto de las políticas públicas en un asunto como el de la difusión internacional de las lenguas, demos la palabra otra vez a David Graddol: *“global processes are too complex, too overwhelming in their momentum and too obscure in their outcomes to permit the activities of a few people and institutions, even with coherent policies, to make any difference”*. El predominio del inglés, los equilibrios globales entre unas y otras lenguas, estarían fuera de cualquier forma de control social o institucional. Esto es cierto, pero también lo es quizá, en lo que respecta al español y a su expansión reciente en América y Europa, que nos hayamos acostumbrado a ser testigos pasivos: el español se defiende solo y no haría falta cuidarse de su promoción. En el caso de Asia, sin embargo, no se dan las mismas condiciones que en otros continentes donde hay tradición de estudios extranjeros, o donde la presencia del español se basa en una poderosa realidad demográfica y cultural. En Asia, el español parte casi de la nada y se hace necesaria otra política, o aún otras políticas, según el país de que se trate.

Sería un error descalificar el Plan Marco Asia-Pacífico por su supuesta grandilocuencia o excesivas pretensiones. Si se quiere llenar el hueco asiático de la política exterior española conviene proseguir en los mismos trabajos, con éste u otro nombre. En lo que a la difusión de la lengua española se refiere, es preciso hacer el esfuerzo final para la apertura de los Institutos Cervantes de Pekín y Tokio, obstaculizada desde hace años por su alto coste y por complejas negociaciones con las autoridades locales. Si las dificultades en estos países siguen siendo insuperables, tal vez cabría escoger una vía alternativa e iniciar las gestiones para abrir el segundo Instituto Cervantes de Asia-Pacífico en Sidney, Seúl o Singapur. Otro tipo de establecimientos, como las consejerías de educación (ya hay una aprobada para Pekín) o institutos universitarios, son también opciones posibles.

La comparación de la presencia española con los despliegues culturales de otros países europeos, con mayores recursos y vínculos en la región, pero con lenguas menos difundidas que el español, puede dar una idea del camino que aún puede recorrerse (Cuadro 5). Por otra parte, la observación de las iniciativas de nuestros socios europeos en el terreno de la diplomacia pública puede sugerir otras actuaciones que salen de la estricta promoción lingüística, pero que tienen efectos sobre ésta y contribuyen igualmente al fin de favorecer el conocimiento mutuo. Piénsese en los esfuerzos por captar la creciente demanda de educación superior en Asia (a los que se refiere Taciana Fisac en su evaluación del *Informe de Seguimiento*) o en otras posibilidades en el terreno de la cooperación científica y educativa, como la creación del Instituto Pasteur de Shanghai de investigación biomédica, inaugurado por el Presidente Chirac en octubre de 2004 en el marco del “Año de China en Francia”.

Cuadro 5. Despliegue de los institutos culturales europeos en Asia-Pacífico

	(1) British Council	(2) Goethe Institut	(3) Alliance Française/ Institut Français	(4) Istituto Italiano	(5) Instituto Cervantes
Australia	1	2	6	2	–
Bangladesh	2	1	2	–	–
Brunei	1	–	1	–	–
Camboya	–	–	1	–	–
China	5	5	9	1	–
Corea del Norte	–	1	–	–	–
Corea del Sur	1	1	5	1	1
Fiji	–	–	1	–	–
Filipinas	1	1	1	–	1
India	11	7	16	1	2
Indonesia	2	3	4	1	1
Japón	4	4	8	2	–
Laos	–	–	1	–	–
Malaisia	5	1	1	–	–
Mongolia	–	1	–	–	–
Myanmar	2	–	1	–	–
Nepal	1	1	1	–	–
Nueva Zelanda	2	1	2	–	–
Pakistán	7	2	4	–	–
Singapur	4	1	2	1	1
Sri Lanka	2	1	1	–	–
Tailandia	5	1	1	–	–
Taiwan	2	1	3	–	–
Vietnam	2	1	2	–	1
Total	58	36	73	9	7

Fuentes: (1) www.britishcouncil.org; incluye bibliotecas; (2) www.goetheinstitut.org; incluye “reading rooms”; (3) www.diplomatie.gouv.fr; comprende centros de la Alliance Française e Institutos Franceses; (4) www.italcult.net; (5) www.cervantes.es, incluye Aulas Cervantes y Centros Asociados.

Por último, cabe añadir que en la promoción del español en Asia conviene a España buscar la cooperación con sus socios hispanoamericanos. La coincidencia, el pasado noviembre, de la reunión de líderes de la APEC en Santiago de Chile y de la XIV Cumbre Iberoamericana de San José de Costa Rica puso de manifiesto, de un lado, el creciente peso político y económico del Pacífico en los asuntos internacionales, y, de otro, el nivel alcanzado por los vínculos comerciales entre Asia y América Latina, que ya no se limitan por parte asiática a Japón y Corea del Sur. En la gira del presidente Hu Jintao por

Argentina, Brasil, Chile y Cuba, así como en las visitas de los presidentes de Argentina y Chile durante el año pasado a Asia, no se habló tan sólo de suministros de materias primas y de inversiones en infraestructuras, sino también de convenios culturales y del aprendizaje de las lenguas respectivas.

Según una antigua leyenda, una expedición china descubrió América en 1421. Aunque esto no fuera cierto, es interesante recordar que los barcos que llevaron a López de Legazpi a Filipinas en 1564 salieron de México, y que la principal conexión de España con Asia durante mucho tiempo fue el galeón que unía Manila con Acapulco. Estas reminiscencias históricas no sirven para apoyar una mayor presencia actual del español en Asia, pero pueden ser útiles para recordar que la lengua española tiene también una dimensión pacífica.

7. Conclusiones

El telón de fondo de la presencia del español en Asia-Pacífico es un vasto mural de lenguas y dialectos, que suman la mitad de los idiomas del mundo, alrededor de 2.500. Muchos de ellos son empleados por menos de 1.000 personas, y es previsible que desaparezcan en las próximas décadas. Al mismo tiempo, cinco de las diez lenguas más habladas del mundo son originarias de Asia, y su peso demográfico relativo tenderá a crecer a medio plazo como consecuencia del crecimiento de la población y de las tendencias a la unificación lingüística en los principales países de la región.

El sistema lingüístico de Asia-Pacífico presenta una gran variedad de casos nacionales diferentes. Junto a países prácticamente monolingües como Japón o Corea, existen enormes países en desarrollo donde se registran centenares de lenguas. En la India e Indonesia, la tendencia en las últimas décadas ha sido hacia una simplificación de los mapas lingüísticos, por el efecto combinado del retroceso de las lenguas más minoritarias y de la extensión de las lenguas mayoritarias como resultado de los procesos de construcción nacional, y en particular de los progresos educativos alcanzados por dichos Estados. En contrapartida, los avances democráticos en muchos países de la región han traído consigo un reconocimiento gradual de las minorías étnicas y culturales, y con él una creciente afirmación de los idiomas regionales y minoritarios.

Esta evolución es especialmente visible en China, donde el éxito de la unificación lingüística dependerá del poder de atracción de la lengua nacional, el mandarín, y de la capacidad de las autoridades de Pekín para arbitrar soluciones entre las necesidades educativas y comunicativas de amplios sectores de la población y la auto-afirmación lingüística de sus minorías étnicas y de los hablantes de otras variedades del chino. Es en cierto modo paradójico que las áreas más cosmopolitas de China estén revitalizando sus idiomas y dialectos locales cuando el país más poblado del mundo experimenta un desarrollo económico y una apertura al exterior sin precedentes. En la nueva política internacional de China es especialmente significativa una incipiente diplomacia cultural que podría dar a la difusión internacional del chino una dimensión inédita en otros idiomas asiáticos.

En el panorama lingüístico de Asia-Pacífico, el inglés difícilmente puede considerarse una lengua extra-asiática. Además de ser la lengua nacional en Australia y Nueva Zelanda, conserva un fuerte arraigo en los países que estuvieron bajo tutela británica o estadounidense. Sigue siendo idioma oficial y de la administración pública, además de la lengua predominante en la educación superior, en muchos países de la región. Por añadidura, es el instrumento indiscutible de los negocios internacionales y de la diplomacia multilateral, incluso de aquellas organizaciones, como la ASEAN, fundadas por países exclusivamente asiáticos. De mantenerse el característico pragmatismo asiático, el inglés seguirá siendo por largo tiempo la única lengua internacional de Asia y

el principal idioma de la educación y de la tecnología. En este escenario sólo pueden interferir, a más largo plazo, tres fenómenos con efectos aún impredecibles: el ascenso del chino a medida que China gane influencia regional, el aumento del interés por otros idiomas regionales por motivos utilitarios, y la propia tendencia a la fragmentación del inglés como consecuencia de su mestizaje con los idiomas nativos.

Al lado del predominio del inglés, la presencia de otras lenguas extranjeras en Asia resulta empujada. Los vestigios de las lenguas europeas de la época misionera y colonial, como el francés, el portugués, el español o el holandés, son dispersos y escasos, si exceptuamos los territorios de ultramar que aún conserva Francia. En la educación, el alemán y el francés siguen teniendo una posición firme, aunque en algunos países se han visto rebasados por idiomas asiáticos como el japonés o el chino.

Aunque la presencia política de España en Asia se extendió a lo largo de varios siglos, las huellas del español en la región se limitan a un pequeño grupo de hablantes que lo conserva como lengua casi privada en Filipinas, a algunas lenguas criollas y a una abundante toponimia y antroponimia en los archipiélagos filipino y mariano. Los hablantes de español registrados en Australia proceden fundamentalmente de la emigración española e hispanoamericana, y la tendencia previsible a medida que avance su integración será la progresiva pérdida de la lengua.

Como lengua extranjera, el español es una lengua casi recién llegada en Asia. Su presencia en la educación primaria y secundaria es prácticamente inexistente, y en la educación superior los estudios de español son por lo general cosa del último medio siglo, excepto en Filipinas y Japón. Sin embargo, hay indicios de una naciente demanda, tanto en los países más desarrollados donde existe cierta tradición de su enseñanza como en los países en desarrollo donde estaba ausente hace pocos años. Este incipiente interés se debe a factores similares a los que explican la expansión reciente del español en el resto del mundo –su peso demográfico y valor comunicativo, el efecto de su presencia en los Estados Unidos, cierta imagen positiva de España e Hispanoamérica, su utilidad comercial y turística–, pero también es en parte efecto de la política institucional española.

En los últimos años, la política exterior española ha invertido considerables esfuerzos en crear condiciones para reforzar las relaciones con Asia. Una parte importante de estos esfuerzos se ha concentrado en un amplio abanico de iniciativas culturales y educativas tendentes a mejorar el conocimiento mutuo en los dos sentidos: de Asia en España, y de España en Asia. En lo que respecta a la promoción directa del español, se han seguido tres vías: la creación de nuevas consejerías de educación en las Embajadas, la dotación de lectorados de la AECI y la apertura de Aulas Virtuales y Centros Asociados del Instituto Cervantes. Sin embargo, y a pesar de los sucesivos anuncios en este sentido, no se ha logrado abrir dos nuevos centros del Instituto Cervantes en Pekín y Tokio.

Es pronto para evaluar los efectos de estos esfuerzos institucionales, pero es claro que para la obtención de resultados es una condición necesaria mantener y ampliar dentro de lo posible estos esfuerzos. En lo que respecta a la difusión de la lengua, los factores demográficos, económicos y políticos que explican el éxito internacional de algunos idiomas son tan poderosos que es ilusorio pensar que una pequeña acción institucional pueda incidir en ellos de forma efectiva a gran escala. Aquellos factores han favorecido al español en otras regiones del mundo en las últimas décadas, pero es preciso tener en cuenta que en Asia el español parte casi de cero y que por consiguiente se hacen necesarias otras políticas.

Los vínculos históricos entre España y Asia justifican el mantenimiento de algunas relaciones especiales, muy en particular con Filipinas y en lo que respecta a los lazos

culturales y lingüísticos. Sin embargo, estos lazos históricos difícilmente pueden servir de base para la promoción del español como lengua extranjera en el conjunto de la región. Además de mantener el apoyo institucional a la enseñanza de la lengua mediante los instrumentos con que cuenta la política exterior (Consejerías de Educación, AECI, Instituto Cervantes, instituciones autonómicas similares), sería útil reforzar otras formas de la diplomacia cultural que han probado su eficacia y que tienen incidencia directa en el conocimiento del idioma (estancias de estudios para asiáticos en España, patrocinio de instituciones conjuntas de investigación científica, captación de la demanda de estudios superiores). Por último, no hay que olvidar que el español debe su difusión internacional al hecho de que es la lengua mayoritaria de una veintena de países de América Latina, algunos de los cuales tienen en Asia crecientes intereses políticos y comerciales.

Jaime Otero

Investigador Principal, Área de Lengua y Cultura, Real Instituto Elcano

Referencias bibliográficas

- Actas del IV Congreso de Hispanistas de Asia*, Seúl 21-23 de junio de 1996. El V Congreso ha tenido lugar en Taipei el 8 y 9 de enero de 2005.
- Actas del I Encuentro de Profesores de Español de Asia-Pacífico*, Manila, 8-9 de septiembre de 2004: www.sgci.mec.es/redele/biblioteca/ele_asiapacifico.htm.
- Plan Marco Asia Pacífico: Informe de Seguimiento*, Marzo 2004.
- Seminario: balance y perspectivas del Plan Marco Asia-Pacífico*, Documento de Trabajo 2004/13, Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos, 29 de junio de 2004. Con contribuciones de Arturo Avello, Pablo Bustelo, Ion de la Riva, Taciana Fisac, Sean Golden, Jacinto Soler y Manuel Valencia.
- Paloma Albalá, "Notas históricas sobre el uso del español en las Islas Marianas", *Cuadernos Hispanoamericanos* nº 631, enero 2003.
- Nicolás Arriaga, "La situación del español y su enseñanza en la República Popular China", *Actas del I Encuentro de Profesores de Español de Asia-Pacífico*, Manila, 8-9 de septiembre de 2004.
- Erwin T.L. Bautista, "La enseñanza del español en Filipinas", *Actas del I Encuentro de Profesores de Español de Asia-Pacífico*, Manila, 8-9 de septiembre de 2004.
- Taciana Fisac, "La enseñanza del español en Asia Oriental", *Anuario del Instituto Cervantes 2000*.
- Taciana Fisac, "Las relaciones educativas", en *Seminario: Balance y perspectivas del Plan Marco Asia-Pacífico*, Documento de Trabajo 2004/13, Real Instituto Elcano, junio de 2004.
- Sean Golden, "Las relaciones culturales", en *Seminario: Balance y perspectivas del Plan Marco Asia-Pacífico*, Documento de Trabajo 2004/13, Real Instituto Elcano, junio de 2004.
- David Graddol, *The Future of English*, The British Council, Londres, 1997.
- David Graddol, "The Future of Language", *Science*, 27/II/2004.
- Carme Junyent, *La diversidad lingüística. Didáctica y recorrido de las lenguas del mundo*, Barcelona 1999.
- Eunhee Kwon, "El español en Corea: el porqué, cómo, cuándo y cuánto de su aprendizaje", *Actas del I Encuentro de Profesores de Español de Asia-Pacífico*, Manila, 8-9 de septiembre de 2004.
- Hyosang Lim, "La estrategia de la enseñanza del español en Corea", en *Actas del I Encuentro de Profesores de Español de Asia-Pacífico*, Manila, 8-9 de septiembre de 2004.
- Mario D. Martín, "El español en Australia", *Anuario del Instituto Cervantes 2002*.
- Juan Carlos Moreno Cabrera, *El universo de las lenguas*, Madrid 2003.

- Javier Noya, *La imagen de España en Japón*, Real Instituto Elcano, Madrid 2004. Con un estudio histórico introductorio de Florentino Rodao.
- Francisco L. Pérez Expósito, *Taiwán y América Latina: estrategia de aproximación y situación actual*, UNISCI Discussion Papers, enero 2004.
- Vicente R. Pilapil, "The Far East", en James W. Cortada (ed.), *Spain in the 20th Century World, Essays on Spanish Diplomacy, 1898-1978*, Westport, 1980.
- M^a Dolores Pita, "Situación de la enseñanza del español en Filipinas, 1995", en *Actas del Cuarto Congreso de Hispanistas de Asia, Seúl, 21-23 de junio de 1996*.
- Antonio Quilis, "La lengua española en Filipinas y en Guinea Ecuatorial", en Manuel Seco y Gregorio Salvador (eds.), *La lengua española, hoy*, Fundación Juan March, Madrid 1995.
- Florentino Rodao, "La colonización filipina y las relaciones con Asia", en Juan C. Pereira (coord.), *La política exterior de España (1800-2003)*, Barcelona 2003.
- Rafael Rodríguez-Ponga, "El español en nuestras antípodas", *Nueva Revista* nº 74, marzo-abril 2001.
- Rafael Rodríguez-Ponga, "Pero ¿cuántos hablan español en Filipinas?", *Cuadernos Hispanoamericanos* nº 631, enero 2003.
- Abram de Swaan, *Words of the World. The Global Language System*, Cambridge, 2001.
- Mercedes Vázquez, "El creciente interés por el español en Hong Kong", *Anuario del Instituto Cervantes* 2004.